

campos literarios más arduos y difíciles. Se trata de una vocación que ha tenido que luchar de manera denodada para realizarse en planos de provechosa madurez, dentro de un ambiente intelectual en que la novela es casi un fenómeno exótico. Acaso se deba esta circunstancia a que la sociedad colombiana no ha llegado todavía a adquirir la suficiente extensión y profundidad que requiere un género literario como la novela, que, para moverse, necesita hondas aguas humanas, mares de fondo, si no quiere aventurarse al riesgo de quedar varada en los arrecifes retóricos o en las arenas del costumbrismo. Osorio Lizarazo desconoce la técnica de la novela moderna. Su estilo es llano y corriente. Pero sus personajes están dotados de una porción de vida tan sincera y verídica, que entre ellos y el lector se establece pronto una comunicación estrecha que no se interrumpe sino en la última página del libro.

Osorio Lizarazo es el relator de las vidas humildes, de ciertas zonas humanas descoloridas, melancólicas, donde el diapazón vital marca un ritmo monótono del péndulo que oscila entre el sueño y la muerte, sin variación ninguna, sin complicaciones profundas, y en las que hasta la propia tragedia adquiere cierto carácter de cosa natural y obvia. Ha penetrado él en un mundo sin matices y ha ido tomando allí rasgos humanos, escenas, tipos, para montar el escenario de sus novelas.

En este escritor es notable la preocupación por la exactitud en las descripciones del ambiente social, y la fidelidad casi fotográfica a las cosas. Todo en sus novelas es exacto y fiel, de un realismo documental y concreto que no les permite a la imaginación ni a la lírica tomar parte en la creación ni siquiera asistir como testigos de ella.

Garabato continúa la misma línea que el autor se trazó desde su primera novela, *Casa de vecindad*. Es un relato intensamente humano; sus personajes son seres que viven, que tienen vísceras, angustias, sueños, y que no han hecho otra cosa que pasar de la vida al libro sin perder en el tránsito nada de su esencia. A nosotros nos llena de satisfacción la difusión continental de esta última novela de Osorio Lizarazo.

TOMÁS VARGAS OSORIO,
Bogotá.

FR. BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión*. Advertencia preliminar y edición y anotación del texto latino por Agustín Millares Carlo. Introducción por Lewis Hanke. Versión española por Atenógenes Santamaría.—México, Fondo de Cultura Económica. xlv + 596 pp.

No ha habido exageración publicitaria cuando se ha empleado la palabra *sensacional* en el anuncio de esta obra capital de la bibliografía americana.

Se trata, nada menos, del más famoso de los escritos desconocidos de Fray Bartolomé de Las Casas. A muchos parecía irreparable su pérdida. Luego, mediaron largos años entre la localización de una de las copias y su publicación; lo primero se debe al investigador mexicano Dr. Nicolás León, quien dió cuenta del hallazgo en *Anales del Museo Michoacano*, año II, Morelia, 1889; lo segundo, al Fondo de Cultura Económica, que venciendo dificultades de toda índole nos entrega, este año de 1942, una irreprochable edición bilingüe, garantizada por nombres de gran entidad como Millares Carlo, Hanke y Santamaría; el primero revisó acuciosamente y anotó el texto latino, más escribió la compendiosa advertencia preliminar, en la que son recogidas las noticias referentes al manuscrito y se reseñan los trabajos hechos para realizar la edición; Hanke, cuya solvencia en el conocimiento de Las Casas quedó suficientemente acreditada con la monografía *Las teorías políticas de Bartolomé de Las Casas*, Buenos Aires, 1935, es el autor de la Introducción, dividida en las siguientes partes: I—El manuscrito y su autor; II—Antecedentes de la situación; III—La doctrina; IV—El experimento de la Vera Paz; V—Acontecimientos posteriores; VI.—Abreviaturas. El códice hallado contiene los capítulos quinto, sexto y séptimo de la obra, y en ellos aparecè con sus exactas dimensiones y en prolijo desarrollo la doctrina fundamental del Obispo de Chiapa. Dos índices, uno de los lugares de la Sagrada Escritura citados en el texto, y otro analítico, ponen término a la edición.

Es común reducir la figura y obra de Fray Bartolomé de Las Casas a un ángulo de escándalo; más se le conoce por comentarios interesados, que directamente; con poseer su doctrina muchos de los puntos culminantes del ideario americano, apenas si se la conoce a través de obras de menor importancia; por no ir más lejos, la *Apologética Historia*, con haber sido editada en 1909, es libro raro en nuestras bibliotecas; lo más conocido es la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, y nadie que sólo esto haya leído de Las Casas puede ufanarse de conocer más que un aspecto del dominico, pero quedará ayunas del sistemático cuadro de sus ideas; con todo, se pondera la importancia del libro que aquí reseñamos, en el cual, dando de lado las exageraciones propias del apolo-gista y el anecdotario histórico, el Defensor de los indios profundiza la doctrina de los medios pacíficos en la conquista de América, únicos que deberían haberse empleado en la evangelización de estas regiones, según demostración minuciosa que Fray Bartolomé elabora y más tarde sostiene con hechos en varios experimentos, de los cuales el memorable por excelencia es el de la reducción de la provincia que luego se llamó de Vera Paz, enclavada en lo que hoy es la república de Guatemala.

Ojalá que a ésta por todos conceptos meritísima edición, siga la de la argumentación que Las Casas leyó en la célebre polémica contra Juan Ginés de Sepúlveda, cuyo "manuscrito consta de más de quinientas páginas en folio, y está, o estaba en 1934, en la Biblioteca Nacional de París (Nouveau Fonds Latin, Ms. No. 12,926. La Carne-

gie Institution de Washington ha depositado una copia fotostática de esta obra en la Biblioteca del Congreso de Washington". (Noticia de Hanke en la Introducción: *Del Único Modo*... p. xvii.)

AGUSTÍN YAÑEZ

MARÍA A. URRUTIA ARTIEDA, *Brujerías*.—Azul, Talleres Gráficos "Dupuey Hnos.", 1940. 173 pp.

Júbilo claro este mío
de vivir siempre soñando,
y ebria de gracia infinita
darme a los vientos en canto!

("Coplas de mi júbilo")

Embriaguez, en verdad, parece ser el gozo que es para María Alex Urrutia Artieda el expresar en versos sus ensueños y su sensibilidad estética.

Como se puede suponer por el título, *Brujerías*, la nueva colección de poemas de la grata poetisa argentina, refleja el encantamiento que ejercen sobre ella todo lo bello y todo lo misterioso de la vida.

Mis ojos saben de astros;
mi rostro, de lluvia y vientos,
y mi espíritu conoce
la voz azul del silencio
y ésa de la soledad
poblada de hondo misterio.
Y vientos, astros y voces
son, Vida, mi embrujamiento.

("Versos a la vida")

En *Brujerías* se encuentra rara vez el noble altruismo que prevalece en los bellos versos que aparecieron hace unos pocos años bajo el título de *Música interior*; no se encuentra tan a menudo aquella honda compasión para los afligidos del mundo ni aquel gran anhelo de consolarlos que exaltan esta colección. La autora parece ahora más recogida en sí; tan encerrada en su mundo ilusorio, que se ha apartado casi completamente del actual, y cuando rara vez se acerca a éste es su propio destino lo que la preocupa más. Es de deplorar que en la hora actual, hora de tanta angustia y de tanta amargura, se haya refugiado tan enteramente en la "torre de marfil".

Hay, sin embargo, muchos versos exquisitos que revelan lo armonizados que están los sentimientos de la poetisa con las manifestaciones de la naturaleza, versos como éste:

Noche de la luna roja,
 noche de hechizo y misterio;
 noche de la luna en llamas,
 noche bruja de este enero.
 No hay un temblor en la fronda
 apretada de silencio,
 ni dice su canto el agua
 ni el grillo su queja al viento;
 no se escucha una palabra,
 un latido, un sólo beso,
 ni se oye el ay de un suspiro
 bajo el hondor de tu cielo.
 Noche de la luna en llamas,
 noche bruja de este enero:
 es tanta la calma tuya,
 es tan vivo tu misterio
 y tan profundo el hechizo
 que fluye de tu silencio,
 que por su influjo ha quedado
 mi corazón en suspenso...

("Noche de la luna roja")

He anotado en mi análisis de *Música interior* que de todos los elementos de la naturaleza es el agua el que parece simbolizar para la Urrutia Artieda todo lo vivificante y todo lo bello impalpable. Se ve esto de nuevo en *Brujerías*, donde hay varios poemas en que la autora ofrece al flúido dulce y suave un tributo muy bello.

Agua que vas pasando cantarina,
 que vas pasando, y a tu paso lento
 la lírica ternura de tu canto
 hace nido en mi pecho...

Agua que vas pasando, hermana agua,
 cómo te quiero yo!... Cómo te quiero
 porque al celeste embrujo de tu gracia
 toda la angustia mía se hace sueño!...

("Poema del agua")

De todos los poemas uno de los más encantadores, creo, es aquel en que se unen el agua y las lágrimas, y que termina así:

Ninguna voz así;
 así, compenetrada
 de tan honda dulzura
 y tan secreta gracia
 inefable y celeste
 como la tuya, Agua...
 Ninguna voz tan pura;
 ninguna tan humana;
 por eso la voz tuya
 también es voz de lágrimas!...

("Ninguna voz así")

En el primer verso de la colección, la Urrutia Artieda se compara con una gota de agua:

Soy muy pequeña cosa.
 Soy una gota de agua
 que está sobre la tierra
 temblando de esperanza,
 como tiembla el rocío
 sobre la flor, al alba...

("Pequeña cosa")

Buena comparación, porque en efecto, como el rocío tembloroso, palpita la poetisa con todas las vibraciones de sus ensueños, ensueños muy bellos, que lo serían aún más, no obstante, si en esta hora del sufrimiento del mundo fueran un poco menos subjetivos y menos distantes de la actualidad.

CLOTILDE M. WILSON,
University of Washington,
Seattle, Washington.

